

Despachó en seguida la división Dessoles sobre Madrid para que permaneciese allí é hiciese frente en la capital á todas las eventualidades. Retuvo la división de Lapisse en Castilla la Vieja para que quedasen algunas tropas en esta provincia, y por último encaminó la guardia imperial y se dirigió él en persona, primero á Benavente y luego á Valladolid, con ánimo de establecerse en esta ciudad y dirigir desde ella los negocios de España y Europa.

No había ya en efecto grandes maniobras que ejecutar en persecución de los ingleses. Había, sí, que marchar velozmente y acosarlos con ímpetu; más para esta operación era tan idóneo como el mismo Napoleón cualquiera de sus lugartenientes, sobre todo si se echaba mano del mariscal Ney. Éste por desgracia se hallaba muy rezagado para encargarse como principal de la persecución. De todas maneras, juzgando Napoleón que no era indispensable su asistencia personal para semejante maniobra, tuvo por más acertado instalarse en Valladolid por cuanto podía desde allí dirigir la guerra de España y hallarse en la vía de los correos de Francia; al paso que habiéndose fijado en Astorga ó en Lugo, los correos habrían tenido que hacer un rodeo de más de cien leguas para llegar hasta él, y no habría podido atender á un mismo tiempo á la dirección de los ejércitos de España y á la organización de los de Italia y Alemania. Establecióse, pues, en Valladolid y llevó allí su guardia para que estuviese tan al alcance como él mismo de los acontecimientos de Alemania.

Después de disolver el cuerpo de Junot para reforzar el del mariscal Soult, resolvió confiar á aquél en compensación el mando de las tropas que asediaban á Zaragoza y que el mariscal Moncey regía á su arbitrio con flojedad bastante. Reservaba á Moncey para operar más adelante en el reino de Valencia, cuyo país ya conocía. El mariscal Lefebvre, á quien se había mandado repeler á los españoles desde el puente de Almaraz hasta Trujillo, aunque en verdad había tomado el puente, había tenido la singular ocurrencia de dirigirse á Ciudad Rodrigo sin orden expresa, tomando por instrucción definitiva una mera indicación de Napoleón. En este movimiento había permitido que quedase su cuerpo cortado en dos por el Tietar, que á la sazón había salido de madre, y había enviado una parte á Toledo mientras conducía personalmente la otra á Ávila. Disgustado de esta medida Napoleón, puso bajo la autoridad del estado mayor de José el cuerpo del mariscal Lefebvre, que no podía quedar confiado á un jefe poco experto por muy arrojado que fuese en el campo de batalla. Distribuyóse este cuerpo entre Madrid, Toledo y Talavera, hasta tanto que terminadas que fuesen las operaciones en el Norte de España, pudiera pensarse en las del Mediodía. Tomadas que fueron estas disposiciones, trasladóse Napoleón, según acabamos de decir, á Valladolid, para ocuparse en la organización de sus ejércitos de Alemania é Italia y en la dirección de los de España.

El general Soult acababa de emprender con las divisiones de Merle, Mermet y Delaborde, la caballería de Franceschi y los dragones de Lorge y Lahoussaye la persecución del general Moore. Desgraciadamente el camino se había hecho casi intransitable por la continua lluvia y el paso de dos ejércitos, uno inglés y otro español. Encontrábanse á cada paso convoyes de muni-

ciones, armas y vituallas y efectos de campaña pertenecientes á los ingleses y conducidos por arrieros españoles, que huían así que divisaban los cascos de nuestros dragones. Cogíamos á centenares los soldados ingleses extenuados ó ebrios, los cuales se dejaban sorprender sin ser dueños de hacer la menor resistencia.

El 31 de diciembre había dejado el general Moore la tierra llana para internarse en las montañas por Manzanal, á unas cuantas leguas de Astorga. Hallábase el 1.º de enero en Bembibre, donde en balde había desplegado toda su autoridad para conseguir que sus soldados dejasen las bodegas y las casas antes de que llegasen los dragones franceses. Había tenido que salir del pueblo formando como siempre la retaguardia con la caballería y la reserva, para ver si le seguían todos los suyos; pero fué en vano, puesto que muchos de ellos cayeron en nuestras manos. Acudiendo nuestros dragones á galope arremetieron con una larga hilera de soldados ingleses, la mayor parte ebrios, entre los cuales iban mujeres, niños y ancianos del país, que abandonaban sus hogares sin saber adónde refugiarse, igualmente temerosos de sus aliados, que huían después de saquearlos, como de sus enemigos, que llegaban hambrientos y con sable en mano, dispensados de todo miramiento hacia las insurrectas poblaciones. Los que tenían valor suficiente para permanecer en sus viviendas, holgábanse en ello en cuanto podían comparar la humanidad de nuestros soldados con la brutalidad de los ingleses, á quienes ya no sujetaba ningún freno á pesar de los honrosos esfuerzos de su general y de sus oficiales para contenerlos en la disciplina.

Al llegar á Ponferrada tenía que escoger el general Moore entre el camino de Vigo y el de la Coruña, aunque ambos conducían á espaciosas radas muy favorables para el embarco de un ejército numeroso. Prefirió el de la Coruña, porque yendo por él ganaba tres días para llegar al punto del embarco. Había conseguido que el marqués de la Romana se dirigiese por el camino de Vigo, que pasa por Orense, dejándole de este modo expedito el de la Coruña. Agrególe tres mil hombres de tropas ligeras al mando del general Crawford, para que ocupasen la posición de Vigo, suponiendo que había que replegarse hacia allí más adelante para poderse embarcar; y después despachó diferentes correos á sir Samuel Hood, que mandaba la escuadra británica, con la orden de enviar á la Coruña todos los buques de transporte que hubiese en Vigo.

El 3 de enero se encaminó á Villafranca. Deseando detenerse allí y proporcionar algún descanso á sus tropas, resolvió empeñar una acción de retaguardia en Pietros, cerca de Villafranca, en una excelente posición militar donde podía defenderse con mucha ventaja.

El camino, después de atravesar un desfiladero muy angosto, baja á una llanura abierta, pasa por el pueblo de Pietros y vuelve á subir á una loma poblada de viñedos: éste fué el punto que el general Moore escogió para establecer tres mil infantes, seiscientos caballos y una numerosa artillería.

Acometieron el primer desfiladero el general Merle con su arrogante división y el general Colbert con su caballería ligera, enviando la infantería por delante, para vencer las resistencias que se les pudieran oponer. Pero los ingleses estaban al otro lado, en la segunda posición,

al extremo de la llanura. Pasamos sin obstáculo, y la caballería, poniéndose á la cabeza de la columna, tomó el galope en el llano; fué recibida por un enjambre de tiradores ingleses y tuvo que esperar á la infantería, la cual, así que llegó, se diseminó también en partidas de tiradores para repeler al enemigo. Impaciente el general Colbert por colocar las tropas en línea, empezaba á situar por sí mismo unas compañías de cazadores cuando recibió un balazo en la frente y expiró expresando las más sentidas quejas por ver malograda, no su vida, sino la brillante carrera que se le preparaba.

El general Merle, desembocando en la llanura con su infantería, atravesó el pueblo de Pietros y después embistió la posición de los ingleses acometiéndoles de frente con una poderosa columna, mientras los tiradores en bandadas dispersas deslizándose por entre los viñedos procuraban envolver su derecha. Después de un tiroteo bastante vivo se retiraron los ingleses, dejando en nuestro poder algunos muertos y varios heridos y prisioneros. Esta acción de retaguardia nos costó unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, pero nuestra pérdida más dolorosa fué la del general Colbert, oficial de mérito muy relevante. La obscuridad de la noche no consintió que pasásemos adelante. Evacuó el enemigo Villafranca para dirigirse á Lugo, que ofrecía según se aseguraba una posición militar ventajosa, y al entrarle nosotros hallamos al pueblo devastado por los ingleses, que habían forzado las bodegas, saqueado las casas, bebido cuanto vino habían podido, y que andaban perdidos por todos los escondrijos á pesar de los reiterados esfuerzos que hacían sus jefes para reunirlos. Allí volvimos á coger prisioneros algunos centenares de ellos, con gran cantidad de municiones y bagajes.

Continuamos al siguiente día siguiéndoles al alcance, sin poder apenas adelantar más que los ingleses á pesar de las ventajas que nuestros infantes tenían sobre ellos en cuanto á las marchas, por causa del estado de los caminos y la dificultad de transportar la artillería. Manteníanse los nuestros con lo que dejaban los ingleses después de saquear y entregar á la desesperación á sus infelices aliados.

De este modo, marchando siempre en pos del enemigo, llegamos el 5 de enero por la tarde á la vista de Lugo. Habíamos recogido por el camino numerosa artillería y un cuantioso tesoro que los ingleses habían arrojado á aquellos precipicios. Llenáronse nuestros soldados los bolsillos sin temor alguno de arrojarse en su busca á los más profundos barrancos. Conseguimos de este modo juntar en pesos duros un valor de cerca de un millón y ochocientos mil francos.

El 5 por la tarde se presentó el ejército inglés en batalla delante de Lugo. Viéndose el general Moore muy estrechado por los franceses, y esperando cada día tenerlos encima; observando al mismo tiempo que se le iba disolviendo su ejército con la excesiva rapidez de la marcha, tomó la resolución que conviene por lo general tomar yendo de retirada, reducida á detenerse en una posición ventajosa y presentar batalla al enemigo. Con soldados fuertes como los ingleses y en aquella excelente posición defensiva, tenía muchas probabilidades de vencer. Si lo lograba, repelía á los franceses por mucho tiempo, ilustraba su retirada con una ruidosa hazaña, infundía nueva fuerza moral en sus soldados y podía

terminar tranquilamente su marcha hacia la Coruña. Si salía vencido, apuraba de una vez cuanto mal estaba expuesto á padecer en diversos tiempos con su presurosa retirada. Por otra parte hay ocasiones en la guerra en que la prudencia aconseja que el general arrostre un descalabro y que el soldado arrostre la muerte. Era imposible, además, elegir posición más adecuada que la de Lugo para ejecutar un designio semejante; porque la ciudad, guarnecida de murallas, descollaba sobre una eminencia que terminando en un precipicio sobre la corriente del Miño por un lado, estaba por el otro ceñida por un riachuelo hacia el cual se extendía en declive. Este plano inclinado estaba interceptado por numerosas cercas que facilitaban su defensa. Situó el general Moore en este campo de batalla, en dos líneas, los diez y seis ó diez y siete mil hombres de infantería con que todavía contaba: dispuso su artillería al frente y apostó gran número de tiradores en las cercas que protegían el lado accesible de su posición. Llamó á la caballería, que marchaba á la cabeza desde que se había internado en la región montuosa, y nos opuso cerca de veinte mil hombres apostados ventajosamente delante de Lugo. Estas eran las fuerzas que le quedaban de los veintiocho ó veintinueve mil hombres que en Sahagún había juntado. Había enviado de cinco á seis mil, unos á Vigo, otros tierra adelante y perdido casi tres mil.

Los franceses, que habían llegado á vista de Lugo el 5 al anochecer, apenas divisaban al enemigo. Detuviéronse enfrente del campo inglés en San Juan de Corbo, en una posición igualmente fuerte, donde podían, sin perder de vista á los ingleses, esperar seguros la reunión de todas las fuerzas que quedaban rezagadas. Llegaron al día siguiente, 6, á la línea las dos divisiones de Mermet y Delaborde, que seguían á la división de Merle; pero habían dejado retrasada la mitad de su fuerza efectiva, y además de aquella gran masa de rezagados, toda la artillería y los convoyes en que iban las municiones. No era muy favorable en verdad este estado para tratar de acometer á los ingleses, pues bajo tres aspectos éramos inferiores á ellos, en número, en recursos materiales, y por último en cuanto al terreno en que se iba á combatir.

Sin embargo, los rezagados y la artillería iban continuamente incorporándose, y ya al día siguiente, 7, estábamos en posición mucho menos desfavorable para arriesgar la batalla. Pero al reconocer la posición de los ingleses, inaccesible por un lado por causa del precipicio que caía al Miño, y muy difícil de asaltar por otro por razón de las numerosas cercas que la guarecían, titubeó el mariscal Soult, y quiso dejar el ataque para el día siguiente, 8. Para entonces teníamos ya reunido lo principal de nuestras fuerzas y pertrechos, á excepción de una parte de la artillería; pero preocupado siempre por las dificultades que aquella posición ofrecía, volvió Soult á aplazar la embestida para el siguiente día, con ánimo de verificar por su derecha, sobre el flanco izquierdo de los ingleses, un movimiento de caballería que pudiese desconcertarlos.

Era contar demasiado con la paciencia del general Moore el figurarse que después de llegar el día 5 á Lugo y de permanecer allí los días 6, 7 y 8, había de detenerse todavía el día 9. Habiéndose en efecto tomado el general inglés tres días enteros para el desfile de sus

bagajes y de sus tropas más cansadas, para restablecer los ánimos en su ejército y recobrar finalmente el honor de las armas con el hecho de haber presentado batalla tres veces seguidas, se creyó dispensado de tentar más tiempo á la fortuna. Realizado que hubo parte del objeto que se proponía alcanzar tomando posición, levantó á las calladas el campo en la noche del 8 al 9 de enero, cuidando de dejar en la posición que había ocupado muchas fogatas y una considerable retaguardia para engañar á los franceses.

Al día siguiente, 9, hallaron los franceses evacuada la posición de Lugo y volvieron á hacer numerosas capturas y más botín. En Lugo y sus cercanías cogimos de setecientos á ochocientos prisioneros, que á pesar de las reiteradas órdenes de sus jefes no habían sabido retirarse á tiempo. El restablecimiento que el general Moore consiguió en la disciplina fué de corta duración; porque en los días 9, 10 y 11 se desbandaron entre Lugo y Betanzos cuerpos enteros, y nuestros dragones pudieron hacer prisioneros cerca de dos mil ingleses y considerable número de bagajes. El 11 llegó Moore á Betanzos, y pasando finalmente la línea de alturas que ciñen la Coruña, bajó á las orillas del soberbio y espacioso golfo en una de cuya abras está asentada esta ciudad. Desgraciadamente en vez de divisar la multitud de velas que esperaban hallar, vieron los ingleses solamente unos cuantos buques de guerra, buenos á lo sumo para escoltar un ejército, mas no para transportarlo; pues los vientos contrarios habían hasta entonces impedido que la parte más considerable de los transportes subiese de Vigo á la Coruña. Este inesperado espectáculo llenó á Moore de ansiedad y al ejército inglés de pesadumbre. Sin embargo, tomó precauciones para defenderse en la Coruña mientras llegaba la escuadra. Corría entre la Coruña y las alturas por donde se pasa para llegar á la ciudad la ría del Mero, ancha y pantanosa en su desembocadura: atravesábala el puente de Burgo, y se mandó volar. Hízose volar también, con espantoso fracaso que agitó el golfo en toda su extensión como un huracán, una inmensa cantidad de pólvora que los ingleses habían reunido en un polvorín situado á cierta distancia de la población. Ultimamente apostaron las mejores tropas en aquel círculo de montañas que rodean á la Coruña. La primera línea de estas alturas, muy elevada y ventajosa defensa, pero muy distante de la ciudad, podía envolverse fácilmente por esta circunstancia. Acudieron los franceses á tomarla, y se la dejaron. Situáronse en elevaciones más próximas y menos dominantes que apoyaban en la misma Coruña, y reunieron en la ribera del mar los enfermos, los heridos, los despeados y los pertrechos de guerra, para embarcarlo todo inmediatamente en unos cuantos buques de guerra y de transporte fondeados anteriormente en el golfo. En esta disposición estuvo el general Moore esperando con la más terrible ansiedad que cambiasen los vientos, sin cuya circunstancia iba á verse reducido á capitular.

En la noche del 11 una vanguardia francesa había ido siguiendo á los ingleses hasta el puente de Burgo sobre la ría del Mero, y había visto saltar al aire sus escombros. Mas el día 12 aparecieron, primeramente la división de Mermet y después una tras otra las dos divisiones de Delaborde. Detenido el mariscal Soult en la ría, envió á larga distancia sobre su izquier-

da la caballería de Franceschi en busca de pasaje, que al fin consiguió hallar, aunque ninguno á propósito para la artillería. Mandó por su derecha guarnecer la costa con destacamentos, procurando disponer baterías que alcanzasen á la extremidad del golfo hasta los muelles de la Coruña, lo cual era muy difícil á la gran distancia á que nos hallábamos.

Precisado á reparar el puente de Burgo, invirtió el mariscal Soult los días 12 y 13 en hacerlo, dando de este modo tiempo para que llegasen el material y los rezagados. Habiendo conseguido el 14 dejar expedito el puente de Burgo, mandó pasar parte de sus tropas al otro lado de la ría, traspasó la línea de las alturas que dominaban la localidad y que los ingleses le habían abandonado, y fué á establecerse en su vertiente, enfrente de las montañas menos elevadas y más próximas á la Coruña, ocupadas por los ingleses. La división de Mermet formaba la extrema izquierda, la de Merle el centro y la de Delaborde la derecha, dando frente al golfo mismo de la Coruña. A esta distancia ya le fué posible alzar unas cuantas baterías que tuviesen cierta acción sobre el golfo.

Sin embargo, desconfiando aún de sus fuerzas, porque sólo contaba á lo sumo con diez y ocho mil hombres, al paso que los ingleses eran todavía diez y siete ó diez y ocho mil en batalla después de las fuerzas que habían perdido, destacado ó embarcado ya en aquella sazón, quiso esperar á que entrasen en sus filas los que habían quedado retrasados, y sobre todo que entrase en línea toda su artillería. Los ingleses por su parte esperaban que asomase su convoy, cuya tardanza les era ya tan enojosa, y padecían las más terribles angustias. Tanto creció el aprieto, que los principales oficiales del ejército de sir John Moore llegaron á proponerle se abriese una negociación que les permitiese, como se lo había permitido la de Cintra á los franceses, retirarse de una manera decorosa. Pero como no tenían probabilidad ninguna de salvar la vida si no aparecían muy en breve los buques de transporte, era dudoso que obtuviesen condiciones satisfactorias; por lo que rechazó el general Moore toda idea de capitulación, y resolvió entregarse en brazos de la fortuna, que efectivamente le dió, como veremos, la salvación de su ejército, aunque no la de su persona, para la cual reservó la gloria á costa de la vida.

Habiendo cambiado los vientos en los días 14, 15 y 16 de enero, fueron sucesivamente apareciendo en el golfo muchos centenares de velas que se agolparon hacia los muelles de la Coruña fuera del alcance de las balas francesas. Divisábanse claramente desde las alturas que ocupábamos, y su aspecto redobló el ardimiento de nuestros soldados, los cuales comenzaron á demandar con gritería que se aprovechase para pelear el tiempo que quedaba antes que el ejército inglés se pusiese en cobro. El mariscal Soult había llegado á vista del enemigo el 12 y empleado los días 13, 14 y 15 en rectificar su posición, esperar sus últimos rezagos y situar hacia su extrema izquierda, en uno de los puntos más ventajosos, una batería de doce piezas que cogiendo de costado la línea inglesa la enfilaba toda.

El 16 por la mañana, después de haber definitivamente reconocido la posición de los ingleses, resolvió hacer una tentativa para pasar su línea y envolverla. El

pueblecito de Elviña, situado á nuestra extrema izquierda y á la extrema derecha de los ingleses en el terreno que separaba los dos ejércitos, estaba defendido por multitud de tiradores de la división de sir David Baird. Hacia la mitad del día 16, la división francesa de Mermet, poniéndose en movimiento por orden del mariscal Soult, avanzó hacia Elviña, mientras nuestra batería de la izquierda, que tiraba por detrás de nuestros soldados, causaba el mayor destrozo en toda la extensión de la línea enemiga. La división de Mermet, conducida con pujanza, quitó á los ingleses el pueblo de Elviña y los obligó á ciar. En esta sazón acudió el general Moore al campo de batalla resuelto á pelear encarnizadamente antes de embarcarse, llevó el centro de su línea, compuesto de la división de Hope, hacia el pueblo de Elviña con objeto de socorrer á sir David Baird, y destacó hacia su extrema derecha parte de la división de Fraser para impedir que la caballería francesa envolviese su posición.

Teniendo que habérselas la división de Mermet con fuerzas superiores, fué preciso replegarse. Entró entonces en acción el general Merle, que formaba nuestra derecha con sus regimientos veteranos, y encarnizóse la lid, durante la cual el pueblo de Elviña fué repetidas veces entrado y desalojado. Cubrióse de gloria en estos reiterados ataques el 2.º ligero, pero la jornada terminó sin reconocida ventaja de una ni de otra parte. El mariscal Soult, que tenía á su derecha la división de Delaborde, la cual hubiera podido sin duda derrotar á los ingleses dejándose caer sobre su centro, mandó no obstante poner fin al combate por no querer al parecer empeñar las tropas que le quedaban y porque temía exigir de la fortuna favores demasiado señalados contra un enemigo dispuesto á retirarse.

Acabó, pues, la lucha al concluir el día después de una acción sangrienta en que perdimos trescientos ó cuatrocientos hombres entre muertos y heridos y los ingleses unos mil doscientos, merced á los mortíferos efectos de nuestra artillería. El mismo general Moore recibió un balazo que le rompió un brazo y la clavícula guiando á los suyos á la pelea. Trasladado á la Coruña en una camilla, expiró al entrar en la ciudad, después de una campaña que, á ser dirigida con menos acierto, hubiera podido ocasionar un verdadero desastre á la Inglaterra. Murió con gloria, muy llorado de su ejército, que, aunque á veces murmuraba de él, hacía justicia á su prudente firmeza. También el general David Baird había recibido una herida mortal; tomó el mando en jefe el general Hope, y aquella misma noche, de regreso en la plaza, mandó comenzar el embarco. Tenía la Coruña muros suficientemente fuertes para detenernos y para dar tiempo á los ingleses de hacerse á la vela.

Embarcáronse en los días 17 y 18, abandonando además de los heridos que nosotros recogimos en el campo de batalla varios enfermos y prisioneros y un material considerable. Perdieron en esta campaña cerca de seis mil hombres entre prisioneros, enfermos, heridos y muertos, además de tres mil caballos que mataron sus mismos jinetes y grandes pertrechos; dejaron su honor militar intacto, aunque no su valor político para con los españoles, y retiráronse con la fama de ser, por lo menos entonces, impotentes para salvar á la España.

No habrían llegado á salir de la península si no les

hubiera favorecido tanto la estación y si se les hubiese perseguido con más ahinco. Pero ha sucedido con la historia de esta persecución lo que suele siempre acontecer: ha habido después historiadores que inventando combinaciones en que nadie había pensado durante los sucesos, han absuelto al mariscal Soult echando sobre el mariscal Ney toda la culpa de haber dejado embarcar á los ingleses, los cuales, según ellos suponen, debieron ser cogidos prisioneros sin que escapase uno solo. Pero en primer lugar es dudoso que, atendida la inclemencia de la estación y el mal estado de los caminos, fuera posible acelerar las marchas todo lo preciso para alcanzarlos, y que el mismo mariscal Soult, que continuamente andaba á las manos con su retaguardia, pudiese tomar sobre ellos la ventaja necesaria para envolverlos. Aunque la fortuna le hubiese concedido tres días en Lugo y cuatro en la Coruña, antes de asegurar que su irresolución fué una falta, es preciso averiguar si su infantería, cuyos cuadros llegaban á él cada noche medio despoblados, era bastante compacta, y si su artillería estaba suficientemente provista para batir con ventaja á un ejército inglés igual en número y apostado siempre que le encontráramos en posiciones del más difícil acceso. Pero aun dado caso que pudiese ponerse en tela de juicio la conducta de Soult, jamás debe ser lícito dudar de la del mariscal Ney, que se hallaba á varias jornadas del ejército británico. La suposición de que pudo haber tomado el camino de Orense y flanquear por Vigo la posición de la Coruña, está destituida de fundamento. Ni el emperador, que se hallaba á la sazón en el teatro de la campaña, ni el mariscal Soult, que tenía la facultad de requerir al mariscal Ney en caso necesario, creyeron que pudiera ejecutarse semejante rodeo. Para verificarlo habría tenido Ney que andar doble camino por vías intransitables y enteramente inaccesibles á la artillería. Y así era en efecto, porque habiendo el mariscal Soult hacia el término de la retirada, esto es, el 9 de enero, manifestado deseo de que la división Marchand se encaminase sobre Orense, para observar al marqués de la Romana y á los tres mil ingleses de Crawford, el mariscal Ney mandó ejecutar este movimiento al general Marchand, el cual no pudo efectuarlo sino con una parte de su infantería y sin un solo cañón. El mariscal Ney se hubiera quedado atascado en aquel camino si hubiese intentado tomarle con todo su cuerpo.

Lo que sí pudo hacerse, y no se hizo, fué que las tropas del mariscal Ney marchasen inmediatamente detrás de las de Soult, de modo que pudieran reunirse ambos cuerpos en una sola jornada. De este modo, habiendo tenido en Lugo tres días de tiempo y cuatro en la Coruña, bien hubiéramos podido batir á los ingleses con cinco divisiones. El mariscal Ney, que por disposición del cuartel general estaba á las órdenes del mariscal Soult, se ofreció á incorporarse con éste; pero no obtuvo más respuesta que la invitación tardía de prestarle una de sus divisiones cuando ya no había posibilidad de enviarla á tiempo de ser útil (1): nuevo ejemplo de la divergencia de voluntades y falta de unión que se notaba siempre que Napoleón se hallaba ausente. La

(1) Esta circunstancia se halla confirmada por la correspondencia de los mariscales.

verdadera desgracia, la verdadera falta fué no haber Napoleón emprendido en persona la persecución de los ingleses, obligando á sus lugartenientes á proceder acordes para destruirlos, pero hallábase en otra parte detenido por otra falta mayor, la única irreparable de su vida, cual era la de haber acometido una porción de empresas á la vez, porque cuando su presencia era necesaria en Lugo para derrotar á los ingleses, se veía llamado para disponerse á hacer cara á los austriacos (1).

Estimulado cada vez más por la urgencia de los acontecimientos de Austria y Turquía, que le anunciaban una nueva guerra general, se decidió á dejar á Valladolid para trasladarse á París, dejando los asuntos de España en disposición de poder esperar en breve la completa sumisión de la península. Los ingleses efectivamente quedaban repelidos al Océano; los franceses ocupaban todo el Norte de España hasta Madrid; el asedio de Zaragoza proseguía con actividad; el general Saint-Cyr era vencedor en Cataluña. Proyectaba Napoleón enviar al mariscal Soult á Portugal con el segundo cuerpo, en el que acababa de refundirse el cuerpo del general Junot, dejando al mariscal Ney en las montañas de Asturias y Galicia para sojuzgar definitivamente á los pobladores de aquellas obstinadas é intratables regiones; establecer al mariscal Bessieres con numerosa caballería en las llanuras de las dos Castillas, y mientras el mariscal Soult se encaminase hacia Lisboa, dirigir al mariscal Víctor con tres divisiones y doce regi-

(1) Véase en efecto lo que acerca de esto escribía el mismo al ministro de la Guerra y al rey de España.

*Al ministro de la Guerra.*

«Valladolid, 13 de enero de 1809.

»Por el *Boletín* sabrá usted que el duque de Dalmacia ha entrado en Lugo el 9. El 10 ha debido estar en Betanzos. Los ingleses tratan al parecer de embarcarse en la Coruña; han perdido ya tres mil hombres que quedan prisioneros, unas veinte piezas, quinientos ó seiscientos carros de bagajes y municiones, una parte de su tesoro y tres mil caballos que ellos mismos han muerto según su singular costumbre. Todo me hace esperar que podremos alcanzarlos antes de su embarco y batirlos. *Algunas veces me pesa de no haber hecho esta persecución en persona; pero estoy aquí á más de cien leguas de distancia, y vendría á situarme á más de veinte días de París contando con los retrasos que ocasionan á los correos los salteadores que van siempre acechando á las espaldas de los ejércitos. La aproximación de la primavera me contiene además por el temor de nuevos movimientos en el Continente.* El duque de Elchingen forma la segunda línea detrás del duque de Dalmacia: la fuerza de los ingleses es de diez y ocho mil hombres. Su ejército puede calcularse disminuido en un tercio, descontando los despedidos, los enfermos, los prisioneros y los ahorcados por los españoles; y si á este tercio se agregan los caballos muertos que inutilizan parte de la caballería, dudaré que puedan los ingleses oponernos arriba de quince mil hombres en buen pie y mil quinientos caballos. Mucho dista ya su fuerza de los treinta mil hombres que antes tenía su ejército.»

*Al rey de España.*

«Valladolid, 11 de enero de 1809.

«... Me veo precisado á detenerme en Valladolid para poder recibir en cinco días mis correos de París. Los acontecimientos de Constantinopla, la situación actual de Europa, la nueva formación de nuestros ejércitos de Italia, Turquía y el Rhin exigen que no me aleje más. *Con mucho sentimiento me he visto precisado á dejar á Astorga.*

»Hay en Madrid unos mil hombres de mi guardia; envíamelos.»

mientos de caballería sobre Sevilla por la vía de Extremadura. Una vez dueño de Lisboa el mariscal Soult, podía enviar por Elvás una de sus divisiones al mariscal Víctor, para ayudarle á someter la Andalucía. Conquistada que fuese Zaragoza, las tropas del antiguo cuerpo de Moncey que ejecutaban el asedio podían tomar la vía de Valencia y acabar por aquel lado la conquista del Mediodía de España. Mientras se ejecutaban estos movimientos tan sabiamente combinados, José, situado en Madrid con la división de Dessoles (tercera del mariscal Ney, vuelta á Madrid) y con el cuerpo del mariscal Lefebvre, que comprendía una división alemana, otra polaca y la división francesa de Sebastiani, tenía una reserva considerable para hacerse respetar en la capital y poder acudir adondequiera que fuese preciso. Siguiendo este plan, y con sólo dos meses de operaciones, toda la península, comprendido Portugal, debía quedar sometida, sin que hubiera que emplear un soldado más, mientras la intervención de la Europa no modificase la situación.

Pero por de pronto quería Napoleón que su ejército descansase un mes entero, desde mediados de enero á mediados de febrero, plazo que daba á la sitiada Zaragoza para rendirse. En este mes debía el mariscal Soult reunir sus tropas, allegar las varias porciones del cuerpo de Junot que aún no se le habían incorporado, y preparar su artillería; las divisiones de Dessoles y Lapisse, conducidas hacia Madrid, tendrían tiempo para llegar á la capital y descansar; la caballería reorganizada se pondría en estado de poder marchar, y de este modo nos pondríamos por completo en el caso de operar hacia el Mediodía de la península. La única operación que quería Napoleón se hiciese inmediatamente era empujar al mariscal Víctor con las divisiones de Ruffin y Villatte sobre Cuenca, para que arrollase las reliquias del ejército de Castaños que parecían meditar alguna tentativa. Dió Napoleón sus órdenes con arreglo á estas miras; encaminó hacia el mariscal Soult los restos del cuerpo de Junot; mandó disponer un pequeño tren de artillería de sitio para el mariscal Víctor para poder forzar las puertas de Sevilla, caso de oponer esta ciudad alguna resistencia; mandó reunir depósitos de caballos para la remonta de la artillería, y salir de Bayona formando batallones de marcha los reclutas destinados á dotar los diversos cuerpos durante el mes de descanso que se les concedía. Pareciéndole que el general Junot, que había substituído al mariscal Moncey en el mando del tercer cuerpo y á Mortier á la cabeza del quinto, no cooperaban con bastante actividad al asedio de Zaragoza, envió al mariscal Lannes, ya restablecido de su caída, á tomar la dirección superior de aquellos dos cuerpos, para que hubiese á un tiempo más vigor y más conjunto en el modo de conducir un asedio que iba tomando el carácter de una operación de guerra tan singular como terrible.

Dedicóse Napoleón por último á disponer la entrada de José en Madrid. Había este príncipe permanecido hasta entonces en el Pardo reprimiendo su impaciencia por presentarse de nuevo en su capital, no atreviéndose á hacerlo sin autorización de su hermano aunque llamado con instancias por todo el vecindario (2), que

(2) Dejamos pasar sin notas las exageraciones de esta especie, porque si fuéramos á denunciarlas todas, tendríamos que sembrar

miraba su regreso como segura prenda de un régimen más moderado y como garantía de que el poder civil sería substituído en breve al poder militar. En efecto, Napoleón en sus profundas combinaciones se había propuesto que su hermano fuese deseado por su pueblo, y hasta había exigido ver consignado en los libros de registro de las parroquias de Madrid el juramento de todos los padres de familia como prueba de su fidelidad, alegando para motivar esta exigencia que no pretendía imponer á la España á su hermano, que los españoles eran árbitros de aceptarle ó no como rey, pero que en caso de rechazarle, no teniendo ya motivos para tratarlos con consideración, les aplicaría las leyes de la guerra y les trataría como á país conquistado. Movidos de estos temores y libres de las influencias hostiles que contra la nueva dinastía los excitaban, los habitantes de Madrid corrieron á sus parroquias á prestar sobre los santos Evangelios juramento de fidelidad á José. Habíase llenado esta formalidad en diciembre, y corría ya el mes de enero sin que Madrid hubiese recuperado al rey que deseaba, sin tenerle precisamente afecto; pero consintió por fin Napoleón en que su hermano verificase su entrada en la capital de España, y quiso antes que una diputación expresamente nombrada le llevase á Valladolid los registros en que se habían consignado todos los juramentos prestados. Recibióla con menos severidad que á la que Madrid le había enviado á sus propias puertas en diciembre, pero le declaró sin embargo de una manera muy explícita que si José llegaba á verse segunda vez precisado á abandonar su capital, sufriría ésta la más cruel y terrible ejecución militar. Muy claramente había Napoleón percibido, en el supuesto amor del pueblo español á la familia de Borbón, las pasiones demagógicas que le agitaban y que para hacerse lugar adoptaban esta forma singular, puesto que en sus procederés sólo revelaban la más violenta demagogia con el disfraz del más acendrado realismo. Había en efecto aquel pueblo, extremado en sus pasiones, empezado otra vez á asesinar y arrastrar para vengarse de las derrotas de los ejércitos españoles. Después de asesinar al malhadado marqués de Perales en Madrid y á don Benito San Juan en Talavera, inmoló en Ciudad Real á don Juan Duro, canónigo de Toledo y amigo del príncipe de la Paz, y en Malagón al antiguo ministro de Hacienda Soler. Todos los hombres de bien temían por sus bienes y personas cuando no se veían al amparo de los ejércitos franceses. Quiso Napoleón hacer con los asesinos un severo escarmiento, y mandó en Valladolid poner presos á una docena de malvados reconocidos como cómplices en todos los asesinatos cometidos, singularmente en el del infortunado gobernador de Segovia don Miguel Cevallos, y los mandó ajusticiar á pesar de las aparentes súplicas de los principales habitantes de Valladolid. «Es preciso, escribió repetidas veces á su hermano, que te hagas temer primero y amar después. A mí me han rogado aquí que perdone á unos

de llamadas cuantas páginas consagra el autor á los asuntos de España. Todas nuestras observaciones sobre aquellos puntos que marcan, por decirlo así, el espíritu en que está escrita la obra que traducimos, serían por otra parte ociosas, porque es evidente que ningún lector medianamente instruído exigirá de un historiador francés que deje de interpretar en favor de su nación los hechos de nuestra guerra de la Independencia. (N. del T.)

malhechores que han asesinado y robado; pero se han holgado mucho de no conseguirlo, porque desde que los han ajusticiado está todo tranquilo. Procura ser á la vez justo y enérgico y en igual medida si quieres saber gobernar (1).» Había también exigido Napoleón que prendiese en Madrid á unos cien asesinos de los que degollaban á los franceses bajo pretexto de ser extranjeros y á los españoles so capa de ser traidores, y había mandado fusilar á unos cuantos, reclamando además que sólo á él se le achacaran estos actos á fin de que los malvados viesan detrás de la reconocida bondad del nuevo monarca la sombra imponente del terror que el vencedor de Europa inspiraba.

Dictadas estas órdenes, dejó Napoleón á Valladolid

(1) *Al rey de España.*

«Valladolid, 12 de enero de 1809, á mediodía.

«La operación que ha verificado Belliard ha sido excelente. Es indispensable ahorcar por lo menos á veinte tunantes. He dispuesto que mañana mismo se ahorque aquí á siete, reconocidos como cómplices de toda clase de excesos, y cuya existencia es un castigo para los hombres de bien que secretamente los han denunciado, los cuales no cobrarán ánimo hasta verse libres de ellos. Otro tanto hay que hacer en Madrid: si no se quita de en medio á un centenar de botafuegos y malhechores, no se conseguirá nada. Hagan ustedes arcahucar á unos doce ó quince de esos ciento, y envíen los demás á las galeras de Francia. Por mi parte no he tenido en Francia tranquilidad sino después de haber hecho prender hasta doscientos botafuegos, asesinos de los de septiembre y malvados que he enviado á las colonias. Desde entonces ha cambiado como una decoración el espíritu de la capital.»

*Al rey de España.*

«Valladolid, 16 de enero de 1809.

»Como la sala de alcaldes de Madrid ha perdonado, ó condenado solamente á prisión á los treinta pillos que hizo arrestar el general Belliard, tengo que hacerlos juzgar de nuevo por una comisión militar que los mande fusilar. Despacha inmediatamente la orden para que los vocales del Santo Oficio y los del Consejo de Castilla que se hallan presos en el Retiro sean trasladados á Burgos, lo mismo que los cien tunantes que ha cogido Belliard.

»Hay en Madrid cinco sextas partes de gente buena; pero es preciso animar á los buenos y esto no puede hacerse sino sujetando á la canalla. Aquí han hecho todo lo posible para obtener el perdón de los bandidos que han sido condenados á muerte; lo he negado; he hecho que se cumpliera la sentencia, y he sabido después que en realidad se han holgado mucho de no conseguirlo. Creo indispensable que tu gobierno despliegue cierto rigor contra los malvados, especialmente en los primeros momentos. La canalla no aprecia sino al que teme y la castiga, y sólo su temor puede granjearle el amor y el aprecio de la nación.» (N. del A.)

Este hecho está completamente desfigurado aquí. No pudiendo el airado invasor vencer con amenazas la noble entereza del ayuntamiento de Madrid, á quien quería hacer instrumento de sus venganzas obligándole á delatar á los vecinos que habían asesinado franceses, inmoló como víctimas expiatorias á dos infelices criados de un adobador de pieles, acusado por un traidor llamado Chamochín como motor de aquellos asesinatos para congraciarse con Napoleón. El adobador, en cuya casa se encontraron prendas de franceses, fué perdonado al pie del patíbulo, y sus inocentes criados fueron ahorcados! Que estos desgraciados fuesen cómplices en el asesinato del malogrado Cevallos es suposición gratuita, y en verdad nada caritativa, de Mr. Thiers. La justicia de Napoleón está admirablemente pintada en la siguiente frase de su carta á José fecha 16 de enero: «Tengo que hacer juzgar de nuevo á los pillos que arrestó Belliard por una comisión militar que los mande fusilar.» ¡No es posible hacer más sangriento escarnio de las santas formas de la justicia! (N. del T.)